

CRISTO REY, PIEDRA ANGULAR

FOR

MARÍA JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

Diríase que de un tiempo a esta parte los católicos no hemos hecho más que perder batallas, ceder terreno a la Revolución que avanza pese a nuestros esfuerzos, ya sea a pequeños pasos, ya con golpes de mano llamativos... Las escasas victorias que en ocasiones logramos son siempre parciales, y no aparecen formando parte de un proceso de recristianización continuo aunque lento, sino más bien como esporádicos e independientes logros que, a la larga, no hacen sino frenar, y esto a duras penas, el que se presenta a nuestros ojos como inexorable avance de la Revolución. Ante esta perspectiva, no faltan quienes, pese a las buenas intenciones y a la formación, se han dejado abatir por el desánimo, fantasma que a todos nos acecha y que sólo la confianza en la gracia de Dios puede erradicar completamente de nuestro espíritu.

De lo que se trata es de saber dónde radica el *quid* de la cuestión, hacia dónde han de encaminarse nuestros esfuerzos en la lucha por el Reinado de Cristo en la sociedad que nos rodea. La experiencia nos hace ver que la estrategia (más bien la falta de estrategia) seguida hasta ahora no ha dado grandes resultados. Los católicos estamos continuamente acudiendo, y siempre a la defensiva, allí donde en cada momento nos atacan con más fuerza o, al menos, más visiblemente. Con esto sólo conseguimos agotarnos y desesperarnos, y, lo que puede ser peor, perder de vista el objeto último de nuestra lucha y convertir cualquiera de estas batallas parciales en el centro de nuestro combate. En efecto, echando un vistazo a los últimos veinte años de la historia de España, podemos señalar algunas de las más ruidosas de

estas batallas, y los escasos resultados obtenidos: la lucha contra el divorcio, la defensa de la educación religiosa, la proclamación de los principios de moral sexual y familiar o la protección de la vida de los no nacidos... Tras este tiempo, no sólo no hemos conseguido ni una sola victoria. Aún más, nuestra previsión más optimista sólo alcanza a vaticinar una nueva victoria de "la derecha" en las urnas, que retrasaría cuatro años más la implantación del cuarto supuesto de la ley del aborto, la adopción de niños por homosexuales, la legalización de la eutanasia activa... Porque, de hecho, nuestros mayores triunfos no son sino frenos temporales, expuestos a ser levantados a la menor oportunidad.

Pero, ¿qué es entonces lo que hacemos mal? Porque hay muchas personas de buena voluntad que dedican su vida, con loable generosidad, a combatir en los frentes citados y en otros varios, sin ver premiado su esfuerzo (hablamos, naturalmente, del plano temporal, porque los premios que Dios concede a los que luchan por Él se dan por descontados y compensarán con creces el trabajo realizado. Sin embargo, si uno lucha por mejorar la sociedad, no cabe duda que sería descabido que la sociedad mejorara, al tiempo que el que lucha se santifica).

Para comprender dónde nos estamos equivocando basta echar la vista atrás y preguntarnos cuándo empezó esta descomposición social que ahora sufrimos, cuáles fueron las causas que la motivaron. Cuando hayamos respondido a esa pregunta sabremos hacia dónde dirigir nuestro combate.

Si pedimos su opinión a muchos de los cristianos de hoy, tan imbuídos de liberalismo, nos dirán que la cosa radica en la "pérdida de valores". Pocas expresiones, sin embargo, tan ambiguas y, por tanto, vacías de contenido como ésta. Y aún cuando aco-temos el significado de los tan traídos y llevados valores, y aunque lleguemos a la conclusión de que nos estamos refiriendo con ellos a las virtudes cristianas, ¿a qué se debe que los hayamos perdido? Se debe a que han sido positivamente combatidos, y, por tanto, hay que ir más atrás en la lucha, hay que erradicar aquello que permitió que las virtudes cristianas fueran desterradas de la comunidad social.

Tampoco sirve la respuesta de que la Iglesia necesita libertad. Los mismos obispos que en 1973 reclamaban como única exigencia la libertad para la Iglesia, ven impotentes, y denuncian, que la sociedad española está cada vez más enferma, y no pueden achacarlo a menoscabo de su libertad, ya que la Iglesia en España no se ve abiertamente perseguida; sólo ignorada, despreciada por el ambiente, pero nunca oficialmente combatida.

No nos satisface tampoco quien achaca el mal reinante a la pérdida de terreno en el campo educativo. No, al menos, si entendemos la educación reducida al ámbito escolar, menos aún si nos conformamos con exigir la enseñanza de la religión en la escuela. En efecto, se precisa una educación integral, y lo cierto es que en la mayoría de los casos el alumno encuentra una abierta contradicción entre lo que le enseñan en clase de religión y lo que aprende, no ya fuera del colegio, por inmersión, en la televisión, en las revistas..., sino en el propio marco escolar, en las clases de Historia o de Ciencias Naturales; esto, cuando no aprenden en la misma clase de religión doctrinas contrarias a la Iglesia, que también se dan casos. Pero aún más, no entenderemos dónde radica nuestra batalla decisiva si consideramos la educación como un fin. La educación no es sino un medio. Su objetivo es formar adultos capaces de integrarse en una sociedad, y si hablamos de una educación integralmente católica habremos de reconocer que su fin es la integración en una sociedad católica. Y es aquí donde empezamos a vislumbrar la respuesta a nuestra pregunta.

En efecto, es lógico pretender que nuestros hijos se eduquen cristianamente, y todo padre católico, esperamos, está de acuerdo con esa afirmación. Sin embargo, esto nos lleva a la siguiente disyuntiva: o bien estamos educando a las nuevas generaciones para que vivan marginados en una sociedad que los desprecia, o bien lo que deseamos es que dicha sociedad asuma como propias las enseñanzas que transmitimos en la educación.

Sin embargo, éste es el paso decisivo que muchos no se atreven a dar en su razonamiento. De acuerdo, queremos educación católica, dirán. Pero no somos quiénes para imponer nada a la sociedad. Y es verdad que no deja de resultar paradójico que, por

ejemplo, sea motivo de escándalo el acceso a los menores a la pornografía, por parte de los mismos que, en aras de la libertad, consideran que debe estar permitida para los adultos. Porque, una de dos: o la pornografía es un mal, y entonces lo es también después de los dieciocho años, o si no es hipócrita rasgarnos las vestiduras cuando se trata de niños o adolescentes. Es cierto que los menores, por su falta de madurez, están expuestos a mayores daños que los adultos cuando algo malo les afecta, pero sólo si es, en efecto, algo malo lo que les afecta. Lo que no es malo no puede hacer mal.

Así llegamos a la conclusión de que la educación netamente católica forma parte de nuestra buscada batalla. Pero ya comprendemos que la finalidad de una educación confesional es la integración en una sociedad confesional, y es allí donde deben dirigirse nuestros esfuerzos.

Esta es, en realidad, la solución a la pregunta que nos planteábamos: la confesionalidad católica de las sociedades. En efecto, desde que perdimos esta batalla no hemos dejado de perder, en todos los demás aspectos. Ahí radica el origen de los males que nos afectan. Y en su restauración, la solución de los mismos. No pretendemos afirmar, por supuesto, que una sociedad se haga perfecta por confesar la fe católica. La batalla contra el mal se seguirá librando, en el interior de cada persona y en el seno de la sociedad. Pero al menos la sociedad misma librará esa batalla, mientras que en la actual situación es más bien al contrario, hay que luchar contra una sociedad cuyos principios están totalmente pervertidos. ¿Dejará de existir el adulterio en una sociedad confesional? Evidentemente no, pero quien adultere no encontrará que su acción es admitida por la ley y aplaudida por los medios de comunicación social, que presentan el adulterio como modelo de vida. No dejará, posiblemente, de haber pornografía clandestina, pero no se nos ofrecerá en cada quiosco o librería... Es claro que la confesionalidad será clave como ordenadora de todas las iniciativas sociales cristianas. Frente a los que afirman que la confesionalidad sólo puede tener sentido cuando toda la sociedad la reclame, cuando todos sean católicos, momento en el cual llegará de forma natural, permítasenos recordar el argumen-

to de Jean Ousset en *Para que Él reine*: ¿cómo esperan esos ingénuos llenos de buena intención que llegue a haber una mayoría católica en una sociedad donde la escuela, los medios de comunicación y las leyes promueven una forma de vida radicalmente opuesta a la cosmovisión cristiana?

Así que si no nos basta el argumento puramente religioso (en realidad el más fuerte), de que Jesucristo es Rey de personas y sociedades, y es deber de justicia reconocer su reinado, reforcémoslo con este otro, sólo estratégico, pero difícilmente rebatible. El remedio a la enfermedad moral que sufre nuestra sociedad está en volverse a Cristo, y sólo así conseguiremos las victorias, parciales aunque importantes, que llevamos años buscando sin obtener más que fracasos.

No faltará quien a ésto oponga la ya consabida "confesionalidad del derecho natural". Sin embargo, tampoco ésta es suficiente para remediar los males que nos afectan. En efecto, el orden natural no basta cuando se trata de una sociedad que ha renegado del bien que poseía, y que, obcecada por una voluntad imperfecta, se niega a reconocer la verdad que la razón encontraría si la buscara con intención recta. Cerrar los ojos a esta realidad es olvidar el dogma cristiano acerca del pecado original. En cuanto al argumento de que esa confesionalidad natural va a ser adoptada por los católicos, a los que sí se les supone recta intención, pero que renuncian a etiquetas en pro de la concordia (y no faltan sociedades que así actúan como ProVida o Manos Unidas) es aún peor que el anterior, y peca de moralismo y de soberbia. ¿Suponen estos católicos que la salvación está en sus ideas o en la Persona de Cristo? Porque es, sin duda, Cristo quien salva, no el "cristianismo sin Cristo" que pretenden ofrecernos como panacea.

Sabemos que para una gran mayoría de católicos la confesionalidad es vista como algo no deseable, y éste es quizá uno de los logros más importantes de la Revolución. Pero argumentos razonables y esgrimibles ante personas de buena voluntad no nos faltan. Sin embargo, aún resta una última objeción. ¿Cómo lograr restaurar la confesionalidad que aparece a nuestros ojos tan necesaria? Se diría que es más imposible que suprimir la ley

del aborto o del divorcio. Este trabajo no serviría de gran cosa si no se planteara una estrategia para lograr el fin que pretendemos.

Al alcance de cada uno de nosotros está el hacer algunas cosas en pro de la confesionalidad. La primera de ellas alimentarnos espiritualmente con lecturas adecuadas, y haciendo de ellas toda la propaganda que nos sea posible. A quienes nos digan que esa doctrina ya no es doctrina católica, que está superada después del Concilio, no nos es difícil responderles con la frase de la *Dignitatis Humanae* acerca de que el Concilio "deja íntegra la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y de las SOCIEDADES para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo".

Pero, además, es deber nuestro no distraernos de este objetivo central y concentrar en él nuestros esfuerzos. Más debemos colaborar económicamente al sustento y promoción de la prensa católica, por ejemplo, que es alimento espiritual de nuestra hambrienta sociedad, que paliar el hambre de África, donde ya contribuyen cientos de miles de personas que ignoran esta otra necesidad.